



Farisco, M. (2021). *Filosofía de las neurociencias: Cerebro, mente, persona*. Ediciones Universidad Católica de Salta

Manuel Matías Ambiado-Lillo

Universidad Arturo Prat, Iquique, Chile

ORCID: 0000-0002-4653-3983

mambiado@unap.cl

Recibido: 27 de agosto de 2025 | Aprobado: 09 de septiembre de 2025

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.ef.362048>

A la memoria de Francisco Varela, cuya obra en neurociencia y filosofía de la mente sigue inspirando la reflexión sobre la relación entre cerebro, mente y persona.

Las neurociencias, inicialmente concebidas como la disciplina dedicada al estudio de las estructuras y mecanismos del sistema nervioso, han evolucionado significativamente a lo largo de las últimas décadas. Este cambio se ha visto impulsado por las revoluciones cognitivistas y la interacción con diversas disciplinas, como la psicología, la lingüística, la inteligencia artificial y la filosofía. Este cruce de saberes ha dado lugar a las neurociencias cognitivas, un campo que busca comprender los aspectos más complejos de la mente humana (Boone & Piccinini, 2016).

En este contexto, la obra de Michelle Farisco (2021), titulada *Filosofía de las Neurociencias: Cerebro, Mente, Persona*, ofrece una reflexión filosófica profunda sobre los retos que plantea el desarrollo de las neurociencias cognitivas. Farisco, reconocido por su experiencia en bioética y neuroética, aborda cuestiones fundamentales sobre cómo las neurociencias modelan nuestra comprensión del ser humano y su identidad. Este análisis se desarrolla a través de tres ejes principales: las limitaciones epistemológicas de las neurociencias, los problemas antropológicos que surgen de una visión neurocentrista y las implicancias éticas de este paradigma.



Un punto central de la obra de Farisco es la problematización del reduccionismo en el estudio de la conciencia. Si bien la conciencia se entiende como un fenómeno biológico, producto de la actividad cerebral (Tirapu-Ustarroz & Goni-Saez, 2016), su carácter subjetivo complica enormemente su análisis. En este sentido, Farisco recupera la idea del “problema difícil de la conciencia” planteado por Chalmers (1996), quien sostiene que las experiencias subjetivas en primera persona no pueden ser plenamente explicadas por los procesos objetivos del cerebro.

Farisco argumenta que el enfoque predominante en las neurociencias, basado en un paradigma naturalista, no logra integrar de manera adecuada las dimensiones socioculturales y experienciales del ser humano. Esta falencia epistemológica se traduce en la dificultad para establecer un puente entre lo cerebral y lo mental. Además, subraya que la carencia de una definición funcional compartida de la conciencia limita la posibilidad de articular las redes neurales con funciones como la memoria, el lenguaje o la percepción.

En este punto, es crucial destacar cómo las neurociencias han intentado abordar estas limitaciones mediante avances tecnológicos, como la neuroimagen y la modelización computacional. Sin embargo, estas herramientas, aunque prometedoras, enfrentan desafíos inherentes. Por ejemplo, la interpretación de las imágenes cerebrales a menudo depende de supuestos teóricos que pueden no reflejar completamente la realidad neural. Este aspecto lleva a una reflexión más profunda sobre la naturaleza misma del conocimiento científico en este campo y la necesidad de un enfoque interdisciplinario que trascienda los métodos reduccionistas.

La conexión entre conciencia y cerebro también ha sido objeto de debates filosóficos que, aunque enriquecen el discurso, a menudo complican la búsqueda de consenso. Esto pone de manifiesto la necesidad de un diálogo continuo entre las neurociencias y la filosofía para abordar preguntas fundamentales que trascienden los límites de una sola disciplina.

Desde una perspectiva antropológica, Farisco critica cómo las neurociencias han reconfigurado nuestra comprensión de la identidad humana. Según el autor, la tendencia neurocentrista ha llevado a equiparar la esencia del ser humano con la actividad de su cerebro. Este desplazamiento epistemológico no solo redefine lo que significa ser humano, sino que también influye en las formas en que nos concebimos a nosotros mismos y a los demás.

En este debate, Farisco distingue entre dos corrientes dentro del neurocentrismo: los neurocentristas duros, quienes reducen todas las acciones humanas a mecanismos neuronales, y los neurocentristas blandos, quienes aceptan las bases cerebrales del comportamiento, pero permiten espacio para creencias no materialistas, como la espiritualidad o la trascendencia (Reiner, 2011). Aunque estas posturas difieren en su grado de reduccionismo, ambas ilustran cómo las neurociencias han permeado

el pensamiento contemporáneo, influyendo tanto en la investigación académica como en las narrativas culturales.

El autor también destaca los riesgos de asumir que la identidad personal está exclusivamente ligada al cerebro. Esta postura, más que un resultado de hallazgos científicos, representa una preconcepción que limita nuestra comprensión del ser humano. Farisco enfatiza que esta perspectiva reduce la complejidad del individuo al ignorar factores contextuales y socioculturales que también contribuyen a la formación de la identidad.

Además, el impacto del neurocentrismo se extiende a esferas prácticas, como la educación, la salud mental y la justicia. Por ejemplo, en el ámbito judicial, la creciente dependencia de las neurociencias para evaluar el comportamiento humano plantea preguntas fundamentales sobre la responsabilidad y el libre albedrío. ¿Hasta qué punto se puede atribuir una acción delictiva a la actividad cerebral? Este tipo de cuestionamientos subraya la necesidad de un marco filosófico que complemente las interpretaciones neurocientíficas.

El neurocentrismo también tiene implicancias sociales. La popularización de conceptos neurocientíficos a menudo se traduce en una visión reduccionista que simplifica los procesos humanos complejos a explicaciones meramente biológicas. Esto no solo limita nuestra comprensión del individuo, sino que también puede influir en las políticas públicas y en la forma en que se diseñan las intervenciones sociales.

En su análisis sobre la neuroética, Farisco propone dos niveles de reflexión: la ética en el estudio de las neurociencias y las neurociencias aplicadas al estudio de la ética. El primero se centra en garantizar que las investigaciones neurocientíficas se realicen dentro de marcos bioéticos internacionales, abordando cuestiones como el uso de psicofármacos, la intervención cerebral con fines terapéuticos y las implicancias del uso de tecnologías como la neuroimagen en contextos no clínicos. El segundo nivel, más especulativo, examina cómo las neurociencias pueden influir en nuestra comprensión de conceptos éticos fundamentales. Por ejemplo, la capacidad de mapear las redes neuronales asociadas a decisiones morales plantea interrogantes sobre el libre albedrío, la responsabilidad y la culpa. Sin embargo, Farisco advierte sobre las limitaciones de las tecnologías actuales, como la neuroimagen, que, aunque permiten visualizar la actividad cerebral, se basan en inferencias y no en observaciones directas en tiempo real.

Asimismo, la neuroética tiene implicancias prácticas en la formulación de políticas públicas y en la regulación de tecnologías emergentes. La manipulación del cerebro con fines no terapéuticos, como la mejora cognitiva o emocional, plantea dilemas éticos que requieren una consideración cuidadosa. Farisco sugiere que estas decisiones deben basarse en una comprensión equilibrada de las capacidades y limitaciones de las neurociencias, evitando tanto el sensacionalismo como el rechazo infundado.

Además, el impacto de las neurociencias en áreas como la educación y el trabajo plantea nuevas preguntas éticas. Por ejemplo, el uso de herramientas neurocientíficas para optimizar el aprendizaje o mejorar el rendimiento laboral puede tener consecuencias imprevistas que requieren un análisis ético detallado. Farisco propone que estas aplicaciones deben ser evaluadas no solo desde un punto de vista técnico, sino también en términos de su impacto en la dignidad y el bienestar humano.

Frente a estas críticas, Farisco aboga por un enfoque no reduccionista en las neurociencias, que integre las dimensiones sociales, culturales y subjetivas del ser humano. Esta perspectiva reconoce que el cerebro, aunque central en la comprensión de la mente, no puede ser considerado de manera aislada. Las experiencias humanas están profundamente arraigadas en contextos que trascienden lo meramente biológico, y cualquier teoría sobre la conciencia o la identidad debe reflejar esta complejidad.

Este enfoque también tiene implicancias prácticas, especialmente en el ámbito de la educación y la divulgación científica. Farisco destaca la importancia de promover una comprensión matizada de las neurociencias, que no solo enfatice sus avances técnicos, sino también sus limitaciones y los retos éticos que plantea. De esta manera, se busca evitar una adopción acrítica del neurocentrismo en la sociedad.

Además, esta visión holística invita a un diálogo más estrecho entre las neurociencias y otras disciplinas, como la filosofía, la sociología y las artes. Este intercambio puede enriquecer nuestra comprensión del ser humano al integrar perspectivas que tradicionalmente han sido relegadas en el discurso científico dominante. La integración de esta visión holística también podría transformar la manera en que se desarrollan las intervenciones en salud mental. Por ejemplo, los tratamientos basados exclusivamente en la química cerebral podrían complementarse con enfoques que consideren los entornos sociales y culturales del paciente, ofreciendo soluciones más integrales y efectivas.

La obra de Michelle Farisco nos desafía a reflexionar sobre cuestiones fundamentales en la intersección entre neurociencia y filosofía. Al cuestionar los supuestos epistemológicos y éticos de las neurociencias, el autor nos invita a repensar nuestra comprensión del ser humano en un contexto cada vez más influido por el paradigma neurocientífico.

En un mundo donde las neurociencias continúan redefiniendo los límites del conocimiento humano, la filosofía juega un papel crucial como contrapeso crítico. Al plantear preguntas sobre el significado de la conciencia, la identidad y la ética, nos recuerda que la ciencia, por sí sola, no puede ofrecer respuestas completas a los problemas más profundos de la condición humana. Como sugiere Farisco, el futuro de las neurociencias no reside solo en la exploración del cerebro, sino en su capacidad para dialogar con otras disciplinas y reconocer la riqueza de la experiencia humana en toda su complejidad.

Referencias

- Boone, W., & Piccinini, G. (2016). The cognitive neuroscience revolution. *Synthese*, 193, 1509–1534. <https://doi.org/10.1007/s11229-015-0783-4>
- Chalmers, D. (1996). *The conscious mind: In search of a fundamental theory*. Oxford University Press.
- Farisco, M. (2021). *Filosofía de las Neurociencias: Cerebro, mente, persona*. Ediciones Universidad Católica de Salta.
- Reiner, P. B. (2011). The rise of neuroessentialism. In J. Illes & B. Sahakian (Eds.), *The Oxford handbook of neuroethics* (pp. 161–176). Oxford University Press.
- Tirapu-Ustarroz, J., & Goni-Saez, F. (2016). El problema cerebro-mente (II): sobre la conciencia. *Revista de Neurología*, 63(4), 176–185. <https://doi.org/10.33588/rn.6304.2016231>